

III DOMINGO DE CUARESMA C/2007

Nuestro Dios es Dios de paciencia, compasión y piedad. Su paciencia va más allá de nuestras faltas; su perdón más allá de nuestros pecados. Su corazón es más grande de lo que podemos imaginar para abrazar a todos nosotros pecadores. Él no nos juzga según nuestras buenas obras; pero según su piedad; El nos ofrece una segunda oportunidad. Como El ha sido en el pasado, entonces él es hoy y será mañana. Así es como tenemos que recordarlo por todas las generaciones como Dios que se preocupa, espera y perdona.

Todas las lecturas de este domingo nos sumergen en el corazón de Dios donde su paciencia y su misericordia nacen como agua dulce para que nos limpie y purifica. La primera lectura nos recuerda como Dios intervino por las manos de Moisés para salvar Israel de la esclavitud de Egipto.

¿En primer lugar, quién es este Dios que interviene a favor de Israel? Él no es un Dios indiferente e insensible. Por lo contrario, él es un Dios que ama, y que es movido a compasión.. Como él está interesado en la vida de Israel, él puede intervenir en su favor. De hecho, es imposible no hacer caso de la gente y pretender al mismo tiempo amarlos. El amor comienza con reconocer las necesidades de los que amamos y hacer algo por ellos. Cuando realmente amamos a las personas, comenzamos a poner atención a lo que pasa en sus vidas.

Es lo que aprendemos de la intervención de Dios a liberar Israel del sufrimiento en Egipto. Cuando Moisés le pregunta a Dios como se llama, y Dios le contesta que "Mi nombre es Yo-soy", Dios quiere decir que él es Dios siempre presente para su pueblo. Esta disposición de Dios nos desafía en nuestras relaciones el uno con el otro: ¿Cuánta atención prestamos a la miseria de la gente alrededor de nosotros? ¿Cuánto nuestros corazones se compadecen por los que sufren y lloran? La mayoría de nosotros por lo general siempre decimos esto no es mi problema.

Si Dios interviene a favor del oprimido, esto significa que él es también Dios misericordioso que está listo a perdonar los pecados de su pueblo. Esta segunda característica de Dios es destacada en el Evangelio de hoy cuando San Lucas relata el como Pilatos mataba, mientras otros ofrecían un sacrificio, y aquel otro echo en el que la gente fue aplastada por la torre que cayo sobre ellos.

Para entender mejor este texto, tenemos que recordar que en el Antiguo Testamento, la desgracia siempre era vista como el castigo de Dios después de pecado que alguien ha cometido. En esta perspectiva, cuando la gente vino para dirigirse a Jesús sobre aquellos que murieron, ellos quisieron que Jesús confirmara su pensamiento y concepción que esta desgracia fue una consecuencia de su pecado.

Para Jesús, esto no es una verdad. Para El la desgracia no es consecuencia del pecado. Él excluye cualquier eslabón entre estos. Para Jesús, aquellos que murieron así no eran los peores o los mayores pecadores de todos los habitantes de Galilea o Jerusalén. Su muerte era sólo por casualidad; los otros pudieron haber estado en su lugar. En otras palabras, si esto no le pasara a usted

personalmente, es porque Dios nos da siempre tiempo para arrepentirnos. Dios es paciente con nosotros; por consiguiente, debemos arrepentirnos y reparar nuestros pecados.

Déjeme platicarles, recuerdo, cuando Yo era un sacerdote joven, Yo tuve un accidente automovilístico en 1985. El coche se volcó varias veces y fue dañado, yo y mi amigo que es hoy nuestro obispo auxiliar, salimos ilesos. Entonces yo daba clases en nuestro seminario menor. Un día, cuando yo andaba por las clases, sorprendí a un grupo de estudiantes que hablaban del accidente, diciendo que si no nos habíamos muerto, era porque no éramos pecadores. De lo contrario, nos habíamos muerto. Cuando fui a mi cuarto, medité sobre lo que había escuchado, y concluí que no morí no porque yo no era un pecador, pero porque Dios tuvo compasión de mí. Yo no tenía ningún mérito delante de Dios.

Yo sabía que los estudiantes se equivocaron como cualquier otro, que relacionan la desgracia como consecuencia del pecado. Si nosotros estamos vivos a pesar de los pecados que hemos cometido en toda nuestra vida, es porque Dios nos ama, y es paciente con nosotros. Él nos da tiempo para convertirnos. Este es el último punto del Evangelio de hoy. Dios da siempre una nueva oportunidad. Tenemos que aprovechar la oportunidad que nos da. Lo que nos pasa en la vida debemos aceptarlo y aprender de ello, La pregunta, sin embargo, es: ¿“puede usted dar gracias por esta nueva oportunidad? ¿Qué hará usted para asegurar que no volverá a cometer el mismo error? ¿Puede usted aprovechar esta nueva oportunidad que Dios le da en este tiempo prestado?

El período de lo Cuaresma es un tiempo cuando la Iglesia nos recuerda de la paciencia de Dios y la fragilidad de nuestra condición humana. No podemos ser conscientes de nuestra fragilidad sin ser humillados y pedir el perdón de Dios por nuestros pecados. Jesús nos invita con insistencia a cambiar nuestros caminos incorrectos que sólo pueden conducir a muerte y ruina. Nosotros tenemos que transformarnos y cambiar nuestros modos de ser y portarnos bien. Si nos hemos decidido a modificar nuestros pensamientos, proyectos, comportamientos, este es el tiempo ideal para a hacerlo. Jesús nos invita a mirar este período Cuaresmal como un período de gracia.

Si tomamos el período Cuaresmal en serio, podemos entender por qué la historia de Israel se hace importante para nosotros hoy. Lo que pasó en el tiempo de Israel era a fin de darnos una advertencia, dice San Paulo, en la segunda lectura. Por lo tanto, quienquiera que piense que él se sienta seguro debería tener cuidado para no caerse. Oremos al Señor que nos ayude a tomar la nueva oportunidad en serio y convertirnos de nuestros viejos y malos hábitos. Abracemos la paciencia de Dios hacia nosotros como una gracia para nuestra salvación. ¡Que Dios los bendiga!



Fecha de Sermón: Marzo 11, 2007

© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20070311homilia.pdf